

GABRIEL NOGUERA

LA GENTE NORMAL



Macleín *y* Parker

Primera edición

Febrero de 2019

Del texto

© Gabriel Noguera, 2019

De la portada

© Julio Serrano, 2019

De esta edición

© Macleín y Parker, 2019

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Cecilia Ojeda y Antonio Abad (Macleín y Parker)

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Papel interior: Coral Book Ivory 1.2 de 90 g/m²

Papel de cubierta: Acquerello Avorio de 240 g/m²

ISBN: 978-84-948261-9-1

Depósito Legal: SE-102-2019

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Para Sonia

La mayoría de los hombres
lleva una vida de silenciosa
desesperación.

HENRY DAVID THOREAU

La moral de la Humanidad
a mí me la trae floja, como a
todo el mundo, por cierto.

LOUIS-FERDINAND CÉLINE



La gente normal no sueña con sodomizar a su cuñada de quince años. Pero yo, como es evidente para cualquiera, no soy normal. Me dan igual los veinte años que nos separan y que sea la hermana de mi mujer. De hecho, todo eso la hace más deseable aún, la convierte en el fruto prohibido. Porque comparte genes con mi mujer y, sin embargo, es otra. Hay algo cercano, familiar (nunca mejor dicho) y, al mismo tiempo, misterioso en ella. Y, sobre todo, es una versión más joven de la mujer que ya conozco. Un nuevo modelo del producto que me gusta consumir (todos nos hacemos fieles a unas marcas). ¿Cómo no vamos a sentirnos atraídos por las jóvenes hermanas de nuestras parejas? No es culpa nuestra que la publicidad nos bombardee una y otra vez con el eslogan: «Nuevo y mejorado».

Todo el mundo corre a comprarse el nuevo iPhone en cuanto sale al mercado. Querer follarte a tu cuñada quinceañera obedece a ese mismo principio.

Tal vez sí sea normal, después de todo.

Me cruzo con ella en el pasillo y observo con disimulo el dulce e hipnótico contoneo de ese culito perfecto. Entro en el cuarto de baño, cierro con pestillo y me masturbo

en el lavamanos. Con ansia, incluso con furia. Imagino a Alicia a cuatro patas recibiendo mis embestidas entre deliciosos gemidos. Suelto un bufido cuando me corro y el reflejo del espejo me muestra a un tipo patético. Es la culpa judeocristiana tras el orgasmo, intento convencerme, pero solo puedo devolverme una mirada escéptica.

Tiro de la cadena para justificar mi tardanza, me lavo las manos y observo las pruebas del delito desaparecer por el sumidero. Salgo del cuarto de baño con mi mejor cara de mentira.

Tantos hombres masturbándose al unísono ahora mismo alrededor del mundo, pienso. Eyaculando sin ningún propósito de futuro en lugares alejados de la anatomía femenina. La vida se marcha en masturbaciones secretas, ya desde la adolescencia. Tantos miles de millones de espermatozoides arrojados al mar. Qué dirá la homeopatía al respecto. ¿Nos hará partícipes la supuesta memoria del agua de una multitudinaria orgía cada vez que nos bañamos en la playa?

La cena está lista. Entro en el comedor y me siento a la mesa, frente a mi suegro, que me pregunta en el acto cuándo voy a buscar trabajo. Yo le hablo de la crisis, de los millones de parados, de los españoles que abandonan el país.

—Sí, pero ellos al menos no dejan de intentarlo de todas las maneras posibles —responde.

Puede ser, pero ¿tiene sentido intentarlo cuando eres plenamente consciente de que el sistema está amañado? ¿Qué mérito tiene seguir jugando a la ruleta cuando ya sabes que está trucada? ¿Dónde está la línea que separa la

sana insistencia de la ciega tozudez? Aunque yo mismo me doy cuenta de que estas son meras excusas que ni siquiera oso pronunciar. La resistencia a ultranza es meritoria por sí misma, por lo estético de hacer un heroico brindis al sol con una sonrisa dibujada en los labios. Que les pregunten a los numantinos. O a los nazis.

—Estoy trabajando en un par de relatos —farfullo, aunque es mentira—. Una cosa compleja.

Mi suegro me mira por encima de la montura metálica de sus gafas y durante un momento me pregunto si puede ver mi interior y sabe, por ejemplo, que me he hecho una paja un momento antes en el cuarto de baño pensando en su hija adolescente.

—¿Acaso vas a ganar dinero con eso? —resopla refiriéndose, espero, a los relatos.

—No sería la primera vez que lo hace, papá —me defiende Laura mientras toma asiento a mi lado.

—Eso fue hace mucho tiempo. Además, tu marido tuvo la suerte de conocer a uno del jurado. Así cualquiera gana un concurso literario, sobre todo, si es municipal.

—Gracias por el voto de confianza, suegro —digo empleando toda mi fuerza de voluntad en no mirar a Alicia, que se despide de sus padres y sale a tomar algo con unas amigas—. Recuérdeme que le ponga en los agradecimientos del libro.

—Desde luego que tienes que estarme agradecido, gorrrón —murmura él.

El resto de la cena transcurre en un silencio incómodo, lo que se está convirtiendo en una costumbre familiar. Pero mucho mejor así. Seguro que cualquier día algún estudio

de la Organización Mundial de la Salud demuestra que los reproches resultan muy indigestos. O incluso cancerígenos. Hoy todo da cáncer.

Más tarde, en nuestro pequeño dormitorio, Laura se suma con decisión y entusiasmo a las recriminaciones:

—Papá tiene razón, te estás haciendo mayor y apenas has cotizado. No vas a tener ninguna pensión cuando seas viejo. ¿De qué vamos a vivir en el futuro?

—Estaremos todos muertos para entonces, el mundo se va a la mierda con el cambio climático.

—De acuerdo, no pienses en el futuro si no quieres, pero piensa entonces en el presente: no podemos seguir viviendo con mis padres como si fuéramos todavía unos adolescentes, con esta falta de intimidad es imposible tener una vida sana de pareja. ¿No quieres que nos independicemos algún día? Pronto, si puede ser. Tal vez tendrías que prepararte unas oposiciones, ¿te lo has planteado?

Un oscuro puesto de funcionario sería de lo más apropiado para mí, sí. Pasarme las mañanas en una ventanilla recibiendo y entregando formularios con mala cara y tener las tardes libres para mi actividad favorita: dejar pasar la vida.

—Es muy complicado, Laura. ¿Tú sabes la de gente que se presenta a unas oposiciones?

—Sigue siendo bastante más fácil que ganarse la vida escribiendo, tío listo.

—¿Qué?

—Piénsalo bien. ¿Cuántos escritores habrá en España? Tal vez miles. ¿Cuántos publican? Muy pocos. ¿Cuántos logran vender lo suficiente para vivir de ello? Casi